

INFANCIA Y MUNDO RURAL

Adoro mi niñez que para mí es una fuente de recuerdos maravillosos en la que la llegada de un nuevo día, suponía una serie de experiencias cotidianas y reales, un estar cerca de la gente, de esa gente que te mira sin ningún tipo de recelo, abiertamente, de la misma manera que miran a la tierra, con quien forman una simbiosis en la que no hay beneficiarios y aportadores, sino una interrelación en la cual, cada miembro aporta lo que realmente puede.

Vivir en "mi mundo rural" suponía tener un horizonte siempre al alcance de la mano. Todo lo que necesitaba estaba desde las últimas montañas que veía hasta mi casa, allí me movía como pez en el agua, no había una sola piedra, ni un solo arbusto no común que me fuera desconocido, si por casualidad esto sucedía, el rádar de mi vista lo detectaba enseguida. Me sentía como un elemento más de la naturaleza.

Coger de niño el viejo autobús que pasaba por Esper en una u otra dirección me suponía la congoja de lo desconocido, el miedo, no tanto a lo desconocido, sino a salir de mi medio y no sentirme arrojado por todo aquello que tanta seguridad me daba: la naturaleza. Me sentía como el gorrión que está en una habitación y cuando intenta salir se golpea con el cristal, tiene claro el instinto de libertad al ver la luz, pero desconoce el cristal.

Todas mis vivencias infantiles me hacen reflexionar acerca del porqué de ese aferramiento del hombre rural a sus tierras, y es que cuando no hay lucha, no hay rivalidad ni competencia.

El hombre llega a esa unión plena a la que es fiel durante toda su vida y que incluso en la vejez le resulta difícilísimo desligarse.

La naturaleza es sabia y mucho más para con esas personas que se han entregado a ella durante toda una vida, lo demuestra creando un eslabón de unión entre la posibilidad y la imposibilidad física del agricultor: "el huerto". En él ponen en práctica toda la experiencia e interés para obtener los mejores resultados posibles, que animan a la persona a seguir mejorando, porque su esfuerzo se ha visto recompensado, además le ayuda a sentirse bien física y psicológicamente, por lo tanto válido y vivo, gracias a ese aliado y amigo.

Por todo esto me resulta fácil comprender a esas personas que les cuesta tanto abandonar el medio rural. Cuando por distintas circunstancias tienen que marchar a la ciudad, les falta ese aliado, además, tienen claro el instinto de libertad, pero les resulta hostil el asfalto.

Jesús Torralba Marco